

El fariseo y el publicano

Versículo clave: «Os digo que este bajó a su casa justificado, más que el otro; porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado».
Lucas 18:14

Escritura seleccionada:
Lucas 18:9-14

Se consideraba que los fariseos eran una clase muy religiosa entre los judíos. Eran devotos, al menos en apariencia, y muy rigurosos en el cumplimiento de sus tradiciones. Sin embargo, en su interior, como nos dice el Señor, como grupo estaban lejos de ser justos. «¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas!». Jesús, como podía leer sus corazones, estaba en condiciones de hacer la declaración adicional de que eran como sepulcros, hermosos por fuera, pero por dentro llenos de corrupción. Mateo 23:27

Hoy en día hay grupos similares entre la cristiandad: aquellos que son moralmente correctos en apariencia, muy exigentes, precisos, escrupulosos y, sin embargo, no agradan al Señor. Están orgullosos

de su rectitud y no se dan cuenta de que, aunque sean menos depravados que otros, no tienen nada de qué jactarse. Ellos, como toda la humanidad, están lejos de ser realmente perfectos. «No hay justo, ni siquiera uno. ... Todos se han desviado» (Romanos 3:10-12). La parábola de nuestra lección tiene por objeto mostrar que Dios mira con más simpatía y compasión a la persona más pecadora, que es humilde y reconoce su condición, que al individuo moralmente mejor, que se jacta de su supuesta justicia.

La parábola comienza así: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo se puso de pie y oró así consigo mismo: Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son extorsionadores, injustos, adúlteros, ni siquiera como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo lo que poseo». (Lucas 18:10-12). El fariseo, que se creía justo, era evidentemente, en muchos aspectos, una persona moralmente buena. Sin embargo, era muy orgulloso y se jactaba de sus obras justas. También era muy rápido a la hora de condenar a los demás, lo que era un claro indicio de la mala condición de su corazón.

El otro hombre de la parábola, un publicano o recaudador de impuestos, era de clase baja y

generalmente despreciado por la gente. Tenía muchas debilidades y manchas pecaminosas, pero era consciente de su condición. «El publicano, de pie a lo lejos, ni siquiera alzaba los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé misericordioso conmigo, que soy pecador». Lucas 18:13

Todos los cristianos, en virtud de su relación con Dios, la cobertura de sus pecados, el engendrar del Espíritu y la obra transformadora que progresan en sus corazones, tienen todas las razones para dar gracias al Señor. Sin embargo, no tienen nada de qué jactarse, o como dice el apóstol Pablo: «¿Quién te diferencia de los demás? ¿Qué tienes que no hayas recibido? ... ¿Por qué te jactas como si no lo hubieras recibido? 1 Corintios 4:7

Por lo tanto, si reconocemos que la diferencia entre nosotros y los demás proviene del Señor y de su obra de gracia en nosotros, y no de nosotros mismos, esa es la actitud correcta del corazón. Todos los que se dan cuenta de esto pueden dar gracias al Señor por ser diferentes de los demás en este aspecto. Solo por Dios y su Hijo, Cristo Jesús, somos diferentes. «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque

somos hechura suya, creados en Cristo Jesús». Efesios 2:8-10